

## Luciano Canfora: El mundo de Atenas.

Ed. Anagrama, Barcelona, 2014, 540 pp.

(Il mondo di Atene. Laterza & figli, Roma/Bari, 2011).

No se ha dejado de discutir sobre Atenas. Como nos recuerda el autor de esta obra, el “mundo de Atenas” es también el “mito de Atenas”; un mito nacido ya en la Antigüedad, pero cultivado igualmente –y en sentido contradictorio- entre los modernos. Así, desde las apropiaciones jacobinas, pasando por el liberal *doctrinaire* Benjamin Constant y el *whig* George Grote, hasta la flor de la filología alemana, Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff; hasta el socialista de izquierda Arthur Rosenberg. Unos reivindican a Atenas en cuanto democrática; otros la rechazan por la misma razón, resume LC. El autor se inclina en cambio por la interpretación de Max Weber, la ciudad antigua como *Bürgerzunft*, “gremio de ciudadanos”. La revisión podría prolongarse, e incorporar la discusión sobre la deseabilidad o indeseabilidad del modelo ateniense, en obras recientes como las de L. J. Samons II, *What’s wrong with democracy?* (2004, reseñado por nosotros en *Limes* 21, 2009), o de K. A. Raaflaub y otros, *Origins of Democracy in Ancient Greece* (2007). Atenas clásica sigue siendo, pues, un tema de “actualidad”.

El “mito de Atenas” –la imagen edulcorada de una sociedad abierta, grata a tantos modernos- fue fundado por Tucídides, afirma LC. En el

*Discurso Fúnebre* que atribuye a Pericles, Tucídides traza el cuadro de una democracia ideal, que contrasta con la democracia real, basada en el pacto entre los señores y el pueblo. Un pacto en que los señores (Pericles) aceptan las reglas del juego y por ende comparten con el pueblo los beneficios del imperio –salvo la facción más extrema de esos señores, que sueña con el modelo espartano. En tanto la democracia real es descarnadamente presentada, desde el punto de vista oligárquico, por el autor de la anónima *Athenaion politeia* que LC identifica con Critias, el tío de Platón, el dirigente de los Treinta a la caída del imperio y de la democracia. Platón, por su parte, parodia el Discurso Fúnebre en el *Menexeno*, atribuyendo un discurso semejante a Aspasia. El pueblo, mojigato y obscurantista, deja hacer sin embargo a sus ilustrados señores: a éstos se les puede criticar despiadadamente, como hace Aristófanes en la comedia, y, eventualmente, condenar en los *dikasteria*.

Tucídides, el demócrata moderado, como Pericles, al que presta la voz; Sócrates, el hombre que no se metía en política: eso también es parte del mito. LC muestra conexiones (“constelaciones”) que dicen otra cosa: Tucídides, vinculado desde luego con Antifón, el ideólogo de los Cuatrocientos; pero también con Terámenes e incluso con Sófocles, uno de los *probouloi* que prepararon, después del desastre de Sicilia, la “deslegitimación” de la democracia. Sócrates, rodeado de jóvenes ricos, como Alcibiades, Jenofonte, Critias, Cármides, Fedro, que se verán involucrados en los varios procesos antidemocráticos –para los oradores del siglo IV, era claro que el “sofista Sócrates” era responsable de los trastornos de la polis por haber educado a Alcibiades y a Critias. Jenofonte, que sirve en la caballería bajo los Treinta, y emprende luego la doble tarea historiográfica de “esterilizar” políticamente a Sócrates, separándolo –en sus *Memorabilia*- de Alcibiades y Critias, y de “socratizar” a Terámenes –en las *Helénicas*-, presentándolo como un moderado. Jenofonte contribuirá asimismo a salvar la obra de Tucídides y aun la de Critias, el diálogo sobre el sistema político ateniense conservado bajo su propio nombre (el “Pseudo-Jenofonte”).

LC apunta con agudeza a otras piezas del “mito de la democracia”: Pericles, el *princeps*; la *demokratía* como violencia. Un pobre como Dikaiopolis no es escuchado de buena gana en la asamblea; ese papel se reserva a los señores. Sin embargo, a la asamblea no asisten ordinariamente más de cinco mil ciudadanos, como argumentarán los conjurados del 411; en cambio, el teatro tiene una audiencia mucho

mayor, y lo que no se puede decir en la asamblea, se puede decir desde la escena. Pero mientras el límite a la libertad de la comedia está en la conformidad con los valores del demos (las “cláusulas de seguridad”), la tragedia –piensa LC- puede ser el medio de expresión de una crítica radical. No es casualidad que Eurípides no haya obtenido premios; tampoco, que Antifón y Critias compusieran tragedias. Los tres pusieron en cuestión los supuestos –religiosos, éticos, sociales- de la democracia; Antifón y Critias conjugaron las conductas políticas “ultraoligárquicas” con una reflexión teórica muy avanzada sobre la igualdad, como crítica al “igualitarismo privilegiado” del demos.

Sin embargo, *El mundo de Atenas* no es propiamente una historia de Atenas en el siglo V aC. Los rasgos fundamentales, la democracia y el imperio, están desde luego siempre presentes, con la Guerra del Peloponeso a modo de telón de fondo. Ya A.J. Toynbee había comparado la Guerra del Peloponeso con la Primera Guerra Mundial; LC la compara con la Segunda Guerra: por su intensidad y su extensión, no menos que por su carácter de “guerra civil” (la *guerra civil mundial*, como han dicho recientes interpretaciones del gran conflicto del siglo XX). En su escala, la Guerra del Peloponeso fue pues una guerra “moderna” y, también, una *guerra total*.

Más bien el autor detiene su mirada en algunos aspectos y episodios de esta historia: el sistema político ateniense (“Una camarilla que se reparte el botín”), el “agujero negro” de Melos o el “diálogo terrible”; la aventura de Sicilia (“Cómo perder una guerra después de haberla ganado”); la “Primera Oligarquía” (el golpe de estado de los Cuatrocientos), la última parte de la guerra (“Entre Alcibíades y Terámenes”), la Guerra Civil (los Treinta, los del Pireo, los de Eleusis). Por fin, la democracia restaurada: se funda sobre el crimen, apunta LC (la matanza de los dirigentes oligárquicos de Eleusis), aunque púdicamente pretenderá basarse en la amnistía. A manera de una coda, “Una mirada al siglo IV” permite entender, por contraste, el siglo anterior.

Algunos personajes gozan de especial relieve en la obra. Para la época de la Primera Oligarquía, por más de cien páginas, se trata de Antifón, el hombre a quien Tucídides tributaba su admiración (“no inferior a nadie en *aretē*”). Alcibíades y Terámenes dominan los últimos años de la guerra: Alcibíades, con la voluntad de obtener la victoria militar y casi próximo a una tiranía de base popular (se podría decir que revalida el pacto pericliano); Terámenes, el “Coturno”, moviendo muchos hilos de los acontecimientos, en la intriga y el cambio de bando, entre los

Cuatrocientos, los Cinco Mil y los Treinta. Demóstenes, en fin; a su modo también un mito. Toda una discusión ha girado en torno al autor de las *Filípicas*; en el fondo, se trata de quién representa mejor la cultura griega (Demóstenes o Filipo), de cara a la época helenística y romana (y a la posteridad, hasta días recientes). Frente a las acusaciones que se le ha hecho, LC observa que Demóstenes seguía la línea de *Realpolitik* ya trazada por Alcibiades y por Conón, y que suponía contar con el apoyo persa como requisito de la potencia ateniense. Sin embargo, en el siglo IV, la “cuestión social” es dominante. Frente a la polaridad demosténica (contra Macedonia o con Macedonia), el demos parece indiferente; es probable, piensa LC, que le resultara prioritario el conflicto político y económico con los grandes propietarios. La condición del pacto entre el pueblo y los señores, el Imperio, ya no existía.

En suma, la obra de LC es una aguda interpretación de la historia política de la Atenas clásica, brillante en algunos aspectos. Hay páginas en que, desentrañando la trama de la conjuración de los Cuatrocientos o reconstruyendo el proceso de los hermes y los Misterios, las tesis del autor no sólo son seductoras, sino que se leen con el interés de verdaderos “casos” policiales.

Naturalmente, hay en *El mundo de Atenas* puntos que no harán unanimidad. A propósito de Tucídides, se presenta una tesis fuerte del autor, histórica e historiográfica, ya adelantada en otras de sus obras: Tucídides estuvo entre los Cuatrocientos. Conoce la conjura “desde dentro”, sabe que Antifón había preparado el plan “desde hacía mucho tiempo”, habla de algunos acontecimientos con la certeza de un testigo presencial... A la posibilidad de un Tucídides que *sabía*, porque estaba presente en Atenas, sólo se puede oponer la hipótesis de un informante que hubiera sido casi un “doble”, un “clon” del historiador –observa LC. Así pues, la afirmación –contenida en el llamado “segundo proemio” (Tuc. 5.26)- sobre los veinte años de exilio es falsa; LC se apoya en un pasaje de Cicerón, quien seguía a Aristóteles, y del que resulta que Tucídides escuchó personalmente (“*se audiente*”) la apología de Antifón el 411. Controvertible, como se comprende; y al respecto hay algunas alusiones ásperas entre LC y S. Hornblower (*A Commentary on Thucydides*, III).

No solo lo anterior: basándose en una noticia de Diógenes Laercio, y tal como admitía ya la temprana filología alemana, LC sostiene que la obra de Tucídides, inacabada, fue “editada” por Jenofonte,

quien incorporó en ella algún material y aprovechó además los “paralipómenos” tucidídeos para los libros I-II de sus *Helénicas*.

Por otra parte, la interpretación de Antifón depende en buena parte de la tesis de la identidad entre Antifón el orador y Antifón el sofista (¿y autor de tragedias?). Que esta sigue siendo *quaestio disputata*, lo demuestra la publicación, en el mismo año 2002, de dos obras discrepantes entre sí en el punto: M. Gagarin, *Antiphon the Athenian* (cf. nuestra reseña en *Limes* 20, 2008), y G.J. Pendrick, *Antiphon the Sophist*. LC no las ha incluido en su vasta bibliografía.

A uno de los grandes temas en discusión ya se ha aludido: justamente, el de cuán democrática era en realidad la democracia ateniense. La tesis del “pacto entre los señores y el pueblo” puede encontrar eco en cierto desencanto actual con la democracia; pero, en la realidad ateniense, si “pacto” hubo, ¿acaso los “señores” tenían otra alternativa que aceptar los términos que les imponía su contraparte, el *demos*? Alcibíades podía haberse jactado en cierto momento de su derecho al mando, pero tenía claro quién mandaba efectivamente (*homologoumenē anoia*, “locura conocida”, llamó en otra ocasión Alcibíades a este sistema). Ello lleva a la cuestión de si existía verdaderamente una “clase política” en Atenas, en los términos en que la definió Gaetano Mosca. La asistencia a la asamblea y la composición del grupo que asistía han sido también materia de debate; si de hecho un Dikaiopolis no hablaba en ella en todas las ocasiones, al menos hombres de ese tipo eran los que aprobaban o reprobaban los discursos, tomando las decisiones que eran pertinentes. Y Pericles puede haber sido un *princeps*; pero, como observó Donald Kagan, la diferencia con el *princeps* que sirve de término de comparación –Augusto–, es que es inconcebible que este último hubiera sido caricaturizado en la comedia, y que además pudiera ser destituido de sus cargos y multado: eso da la medida del poder real en la Atenas del siglo V.

Finalmente, en esta edición en español hay que lamentar las numerosas erratas y posibles deficiencias de traducción. De estas, observamos al pasar: *gilda* no es exactamente “camarilla” (en el título de la 1ª parte), y *civetta* es “lechuza” (¡el emblema de Atenea!), no “anzuelo” (p. 64). Algunas de las erratas pueden llegar a alterar el sentido de un pasaje e inducir a error al lector desprevenido. Para indicar sólo tres: el juicio de Tucídides sobre Cleón podrá ser justo o injusto, pero con seguridad no dijo que este fuera “tan violento como

*los demás*” (p. 278); si los Cuatrocientos argumentaban que “no más de *cincuenta mil* ciudadanos” debían participar en el gobierno (p. 266), eran entonces demócratas radicales, más que oligarcas; y “los atenienses invadieron Esparta” (p. 393, citando esta vez a Jenofonte), ¡no obstante que estaban en ese momento a punto de rendirse! Por lo anterior, se puede temer que haya también omisiones. Errores tales se han hecho lamentablemente frecuentes en las trasnacionales editoriales que publican en la lengua de Cervantes.

**ERWIN ROBERTSON**

Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación  
Santiago